

Esperanzas Cumplidas

Debbie Macomber

HARLEQUIN

Prólogo

Septiembre

Bernard Clemens se estaba muriendo y lo sabía, a pesar de lo que los médicos y unos rimbombantes especialistas le habían dicho sobre su corazón. Estaba viejo y cansado, preparado para morir.

Sentado en la biblioteca de la casa que, treinta años atrás, había hecho construir para su esposa, cerró los ojos y empezó a recordar. Margaret había sido el amor de su vida, su único amor. Delicada y hermosa, dieciséis años más joven que él, podría haber escogido a cualquier hombre de su antojo, pero lo había escogido a él: un ranchero maduro con un rostro tosco y manos encallecidas por el trabajo. Un hombre de gustos sencillos y sin refinamiento social. A pesar de todo, Margaret lo había amado.

Dios, y cómo la había amado él, y aún seguía amándola, aunque ya casi hacía veintisiete años que se había ido de este mundo.

El amor de Margaret fue un regalo maravilloso, pero ella ansiaba darle un hijo. Por aquel entonces, Bernard también soñaba con tener un heredero. Había comprado el Círculo C siendo aún muy joven; colindaba con la propiedad de sus padres y había transformado los dos ranchos en una enorme explotación ganadera, un imperio que legar a su hijo. Sin embargo, el bebé fue niña y la llamaron Margaret, como su madre.

El embarazo mermó la fortaleza de Maggie y la gripe que sufrió a continuación la debilitó. La neumonía no tardó en aparecer, y antes de que nadie se diera cuenta de la gravedad de su estado, Maggie se fue.

Bernard jamás había sufrido tanto en toda su vida. Al perder a Maggie había perdido lo que más valoraba: la mujer que le alegraba la vida. Hubiera sido mejor que lo enterraran con ella. Desde aquel día, se entregó al trabajo en el rancho, compró más tierra, aumentó su ganado y convirtió el Círculo C en uno de los ranchos vacunos más extensos y prósperos de todo Dakota del Norte.

En cuanto a ser un buen padre para la pequeña Margaret, lo intentó, pero como el primogénito de siete hermanos, no sabía cómo tratar a una niña. En los años posteriores a la muerte de Margaret, sus seis hermanos pequeños vivieron y trabajaron con él de forma intermitente, hasta que se marcharon para crear sus propios hogares. Lo ayudaron a criar a su hija, le enseñaron a dirigir el rancho, a montar y a arrojar el lazo... y a maldecir, muy a su pesar.

Margaret quería a sus tíos. También le encantaba montar a caballo. Era una amazona excelente, y sabía más de ganado que cualquier hombre. Había crecido

en altura e inteligencia, aunque también en impertinencia, pero Bernard temía haberle hecho un gran perjuicio. Margaret se parecía más a él que a su madre.

Maggie había sido una mujer frágil y delicada; su hija, por desgracia, no daba muestras de haber heredado ni la finura ni la suavidad que la caracterizaban. ¿Cómo iba a hacerlo, si había sido criada por un padre marcado por la desgracia y seis solteros? Margaret se parecía a Bernard, hablaba como él y se vestía como él. Era una lástima que no hubiese sido niño ya que, hasta hacía poco tiempo, solían confundirla con un hombre. «Culpa mía», se dijo, y movió la cabeza. Si Maggie hubiera vivido, se habría encargado de educar a su hija como una señorita. Le habría enseñado a moverse y a comportarse como una mujer, como cualquier madre. Bernard quería a su hija, pero creía haberla defraudado.

Margaret tenía un corazón amoroso y generoso, y era una excelente mujer de negocios. Bernard no podía evitar sentirse orgulloso de ella, a pesar de la culpabilidad que sentía por haberla educado de forma tan poco convencional.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos.

—Adelante —dijo Bernard con voz ronca, y el ama de llaves abrió la puerta.

—Ha venido Matt Eilers —anunció Sadie con brusquedad.

No sin esfuerzo, Bernard se enderezó. Hundió los dedos en los brazos forrados de cuero de su sillón y se preparó para recibir a su vecino.

—Hazlo pasar.

Sadie asintió y se marchó. Un minuto después, Matt Eilers aparecía en el umbral con su sombrero de ala ancha en la mano.

—Me perdonarás que no me levante —dijo Bernard.

—Por supuesto.

Bernard le indicó que ocupara el sillón de cuero situado al otro lado de la chimenea.

—Siéntate.

Matt lo complació, y Bernard pudo ver de cerca al hombre del que, según parecía, su hija estaba enamorada. Sinceramente, se llevó una decepción. Había visto a Matt en varias reuniones sociales: bodas, bailes folklóricos o barbacoas, pero nunca habían hablado. Pensaba que tendría más fondo, y lo sorprendía que Margaret se hubiese dejado embelesar por un rostro bonito y un corazón vacío. Durante los últimos años, Bernard había oído muchos rumores sobre su vecino del lado oeste de su rancho, y muy pocos eran halagadores.

—Te estarás preguntando por qué te he hecho venir...

—Sí —dijo Matt, que se había sentado en el borde del sofá. Sostenía el sombrero con las dos manos y tenía una expresión inquisitiva.

—¿Te gusta el oficio de ranchero?

—Sí, señor.

Al menos, era educado; podía ser un buen presagio.

—¿Desde cuándo explotas el rancho de los Stockert?

—Desde hace cuatro años. Me gustaría comprarme mi propio rancho algún día pero, por el momento, pago una renta por la tierra mientras reúno el ganado.

—Eso tenía entendido —Bernard se recostó en el sillón. Respiraba despacio, con dificultad—. ¿Tienes familia en la zona?

Matt desvió la mirada a la alfombra oriental.

—No. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía cinco años. Mi padre era ranchero en Montana, y solía trabajar los veranos con él, pero murió cuando yo tenía quince años.

—Entonces, llevas el oficio en la sangre, igual que yo.

—Así es.

Bernard vaciló; esperó a tener resuello suficiente para proseguir.

—Conoces a mi hija Margaret —Matt asintió—. ¿Qué piensas de ella?

La pregunta pareció tomarlo por sorpresa.

—¿Que qué pienso de ella? ¿A qué se refiere?

—Tu impresión general.

Matt se recostó con cansancio en el sillón y se encogió de hombros.

—Bueno... No sé qué quiere que le diga.

—Quiero que seas sincero —le espetó Bernard, impaciente. No tenía fuerzas, ni tiempo, para juegos de palabras.

—Verá... —Matt hizo una pausa—. Margaret es Margaret. Es... única.

Eso era totalmente cierto. Que Bernard supiera, su hija solo se había puesto un vestido dos veces en la vida. Él fue quien la obligó la primera vez, cuando Margaret solo tenía diez años, y estuvo a punto de morir en el intento.

—¿Sabías que está enamorada de ti?

—«¿Margaret?» —Matt se puso en pie con un respingo—. ¡Le juro que no la he tocado! Lo juro —palideció y movió la cabeza para dar énfasis a sus palabras.

—Te creo... Siéntate.

Matt obedeció, pero su actitud había cambiado de forma drástica. Tenía la postura rígida, el rostro tenso de recelo.

—Se le ha metido en la cabeza que va a casarse contigo.

—No... No sé qué decir —Matt tenía la mirada de un animal enjaulado.

—No conoces a mi hija. De lo contrario, sabrías que cuando se le mete algo entre ceja y ceja, muy pocas cosas se interponen en su camino.

—Bueno... yo...

Bernard lo interrumpió. Se estaba quedando sin fuerzas y todavía le faltaban muchas cosas por decir.

—Dentro de muy pocos meses, Margaret va a ser una mujer muy rica.

Matt clavó la vista en él.

—Me estoy muriendo. No me queda mucho tiempo —el anciano taladró a Eilers con la mirada; después, cerró los ojos para recuperar fuerzas—. Solo Dios sabe lo que ve en ti, pero es demasiado tarde para preocuparme por su criterio. La he criado lo mejor que he podido, y si te quiere, debes de tener más fondo de lo que parece.

Matt se puso en pie y empezó a dar vueltas por la biblioteca.

—¿Qué le hace pensar que voy a casarme con Margaret? —preguntó. A pesar de lo mucho que le costaba respirar, Bernard se echó a reír.

—Porque serías un idiota si no lo hicieras, y los dos lo sabemos. Va a heredar este rancho. Ni en diez vidas verías tanta tierra ni tanto ganado. Te dará todo lo que siempre has querido —la expresión de Eilers dejaba claro que estaba atónito—. Te he hecho venir para decirte una cosa.

Matt sostenía el sombrero con tanta fuerza, que tenía blancos los nudillos.

—¿El qué?

Bernard se inclinó hacia delante.

—Si le haces daño a mi hija, te juro que encontraré la manera de hacértelo pagar, aunque tenga que salir de la tumba.

Eilers tragó saliva.

—No tiene por qué preocuparse, señor Clemens; no tengo intención de casarme con Margaret.

Bernard rio entre dientes. Eilers acabaría casándose con Margaret, aunque no por amor, sino por la tierra y por el ganado. Ningún hombre con sangre de ranchero sería capaz de rechazar lo que ella estaba dispuesta a ofrecer.

Sí, Eilers se casaría con ella, pero sería Margaret quien tendría que ganarse su amor.

1

Octubre

Margaret creyó que estaría preparada, tan preparada como podía estarlo una hija para afrontar la muerte de su padre. Estaba a su lado, sosteniendo su mano áspera y callosa, cuando ocurrió. Llevaba horas velándolo, contemplando el trabajoso ascenso y descenso de su pecho, esperando, preguntándose si aquel aliento sería el último, rezando para que no lo fuera. Aferrándose a la poca vida que albergaba ya.

Bernard Clemens se había negado a morir en un hospital y, a petición suya, Margaret lo había llevado a casa. El personal del centro para enfermos terminales lo había tratado de maravilla, ayudándolo a mantener la dignidad hasta el final. Margaret le había estado haciendo compañía casi todo el tiempo durante la última semana de su vida.

Contempló cómo tomaba su último aliento, cómo pasaba apaciblemente, en silencio, de una

vida a otra. El torrente de agonía y angustia que experimentó la tomó por sorpresa. Hacía meses que sabía que se estaba muriendo, y creyó que aquella certeza embotaría el filo cortante del dolor, pero no fue así. «Su padre se había ido». Margaret había pasado todos los días de su vida con él, allí, en el Círculo C, y de repente, estaba sola. Con el tiempo, pensó, podría mirar atrás y ver lo bueno que había sido su padre para ella, pero aún no. No cuando todavía le dolía tanto su muerte.

Esperó a poder recobrar la compostura y después, con los ojos escocidos, salió del amplio dormitorio y despertó a los demás miembros de la familia, que se habían reunido en el rancho y estaban durmiendo. Anunció que Bernard había muerto en paz. No derramó ni una sola lágrima: así no era como se expresaba el dolor en la familia Clemens.

Casi de inmediato, todo el mundo encontró algo que hacer y la casa se llenó de ajetreo. Empezó a llegar gente y, dos días después, se celebró el funeral. Los tres hermanos de Bernard que seguían con vida permanecieron de pie junto a la tumba, al lado de Margaret, y se quedaron con ella para saludar a los presentes y agradecerles su asistencia. Después, regresaron a sus vidas, a sus familias.

A la cena que se ofreció en el rancho después del funeral asistieron muchas personas. Casi todos los habitantes de Buffalo Valley acudieron a presentar sus respetos. Hassie Knight, la propietaria de la farmacia, se encargó de organizarlo todo; hacía años que era amiga de la familia. En el rancho se congregaron alrededor de cien personas, y se preparó más comida de la que Margaret podría ingerir en seis semanas. Nunca había comprendido por qué la gente

llevaba guisos y postres después de un funeral; lo último que le apetecía era comer.

—Margaret, no sabes cuánto lo siento —le dijo Sarah Urlacher, que le tomó la mano con suavidad. Era sincera, y su amabilidad conmovió a Margaret. El marido de Sarah, Dennis, estaba de pie junto a ella. Sus ojos revelaban una compasión sincera.

Margaret asintió y lamentó no conocer mejor a la pareja. Era su padre quien más había tratado con los habitantes de Buffalo Valley; había estado haciendo negocios en el pueblo durante años. Dennis suministraba gasóleo al rancho, así que Margaret había hablado con él varias veces. Sarah tenía una tienda de edredones, y su próspero negocio estaba atrayendo el interés de muchas personas dentro y fuera de Dakota del Norte. Margaret la conocía solo de vista; se habían limitado a saludarse en varias ocasiones.

Quería dar las gracias a todo el mundo por su presencia, apreciaba sus condolencias, pero al mismo tiempo quería empujarlos hacia la puerta. En aquellos momentos, se sentía incapaz de trabar conversación con personas casi desconocidas para ella. Margaret se mostraba educada y cordial, pero la opresión que sentía en el pecho la impulsaba a correr al granero, ensillar a Medianoche y cabalgar hasta quedar exhausta. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no hacerlo.

Bob y Merrily Carr fueron los siguientes, acompañados de su pequeño, Axel. Eran los propietarios de Trío de Ases, el hotel y bar restaurante de Buffalo Valley. Después, el banquero, Heath Quantrill, le dio el pésame. Rachel Fischer estaba con él y, si Margaret no recordaba mal, ya eran una pareja estable.

La casa estaba abarrotada de rancheros y granje-

ros. Tantas personas... Apenas había espacio para respirar.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Maddy McKenna con una suavidad que estuvo a punto de resquebrajar la compostura de Margaret. Maddy era su única y mejor amiga; si alguien podía comprenderla, era ella.

—Quiero que se vaya todo el mundo —susurró Margaret, mientras se esforzaba por reprimir la emoción. Era incapaz de deshacer el nudo que sentía en la garganta y le costaba trabajo hablar.

Maddy tomó a Margaret del brazo y la condujo por el largo pasillo hacia el dormitorio. Las dos habían pasado más de una tarde entre aquellas cuatro paredes; a petición de Margaret, Maddy había intentado instruirla en el arte de parecer y comportarse como una mujer para poder atraer a Matt Eilers. Claro que sus esfuerzos habían pasado desapercibidos; al menos, por él.

—Siéntate —le ordenó Maddy, y señaló la cama. Margaret obedeció sin rechistar—. ¿Desde cuándo no duermes?

Margaret parpadeó, incapaz de recordar.

—Desde hace tiempo.

La noche previa al funeral, se había quedado levantada repasando los papeles de su padre. Como era de esperar, Bernard Clemens lo tenía todo en orden. Hacía meses que sabía que le estaba llegando la hora.

—Túmbate —dijo Maddy.

—Tengo la casa llena de gente —objetó Margaret con voz débil. No le agradaba que nadie le dijera lo que debía hacer. Si la orden hubiera provenido de cualquier otra persona, se habría resistido alegando que era su deber estar con los amigos de su padre.

—Estás que te caes de puro cansancio —repuso Maddy. Margaret apoyó la cabeza en la almohada y se sorprendió de lo fresca y reconfortante que le resultaba.

—Creía... Creía que estaría preparada —dijo con los ojos cerrados—. Pensaba que podría afrontarlo.

—Nadie está nunca preparado para perder a su padre —repuso Maddy, mientras cubría a Margaret con la colcha de punto que estaba a los pies de la cama. Margaret sintió el peso cálido de la lana en los hombros—. Ahora duerme. Cuando despiertes, todo el mundo se habrá ido.

—Ya nada volverá a ser lo mismo —susurró Margaret.

—Tienes razón.

La voz de Maddy resultaba reconfortante, aunque sus palabras no lo fueran. Pero Margaret sabía que su amiga no quería esconderle la verdad. El sueño empezaba a arrastrarla, y la tensión abandonaba poco a poco su cuerpo.

—Matt no ha asistido al funeral, ¿verdad?

—No —dijo Maddy.

—Pensé que vendría —había sufrido una profunda decepción al ver que no se presentaba.

—Lo sé.

A Maddy también la había decepcionado; Margaret lo percibía en su tono de voz. Pocas personas comprendían por qué amaba a Matt y, si tuviera que explicarse, Margaret no estaba del todo segura de poder justificar su amor. Matt Eilers era pecaminosamente atractivo, superficial y presumido. Pero no había dejado de amarlo desde el día en que lo conoció.

Siguiendo las instrucciones de Maddy, Margaret había hecho lo posible para que Matt advirtiera que

era una mujer y que sentía como una mujer. Meses atrás, se hizo un moldeado y se puso unos pantis por primera vez en la vida. Durante el forcejeo con aquella prenda femenina estuvo a punto de caerse al suelo, y con los rizos se sentía como uno de los hermanos Marx, pero Maddy alabó su aspecto. Todo aquel proceso de embellecimiento había sido una tortura, pero Margaret no dudaría en volverlo a hacer por Matt.

—Estoy segura de que se pasará más adelante a darme el pésame —susurró Margaret, convencida de que así sería.

—Debería haber venido hoy —Maddy no lo perdonaba tan fácilmente—. No te preocupes por Matt.

—No me preocupo.

—Llámame mañana por la mañana.

—Te llamaré —prometió Margaret, agotada y agradecida por la amistad de Maddy. Lo último que pensó antes de conciliar el sueño fue en lo triste que sería su vida sin el padre al que tanto había querido.

Jeb McKenna conocía bien a su esposa, y su silencio lo preocupaba mientras conducía la camioneta de regreso del rancho de los Clemens. Al contrario que su vecina, Margaret, y que los demás rancheros de la zona, Jeb criaba bisontes; Maddy era la dueña de la tienda de comestibles del pueblo, aunque de momento, estaba en casa cuidando de su hija de tres meses.

—Estás preocupada por Margaret, ¿verdad? —le preguntó al tomar la senda de tierra que conducía a su casa. Maddy apenas había abierto la boca desde que había acompañado a su amiga a su habitación.

—Iba a caerse desplomada de puro cansancio —contestó Maddy—. A saber cuándo fue la última vez que durmió. Sadie ha dicho que lleva dos noches sin pegar ojo.

—Pobrecita.

Era inusual sentir lástima por Margaret. Daba la impresión de ser fuerte, capaz y resistente. Llevaban siendo vecinos desde que Jeb compró su propiedad, cinco años atrás, y había coincidido con ella en varias ocasiones. Tardó algún tiempo en darse cuenta de que Margaret era una mujer. Se quedó estupefacto, pero no era la única persona a la que su vecina había confundido involuntariamente: Maddy le había confesado que el día que la vio por primera vez la tomó por un ayudante del rancho.

—La muerte de Bernard la ha afectado mucho.

Jeb lo comprendía. Joshua McKenna, su padre, rondaba los setenta y Jeb sabía que, tarde o temprano, él también lo perdería. Aquella inevitable circunstancia provocó una oleada de tristeza... y de pesar. Aparcó y apagó el motor.

—Hablaré con Margaret mañana por la mañana —dijo Maddy en tono distraído.

El viento de octubre azotó a Jeb al salir del vehículo y abrir la puerta de atrás para soltar la sillita de coche de Julianne. A los tres meses de edad, demostraba tener más personalidad de la que Jeb habría creído posible: se gorjeaba y sonreía, y agitaba los brazos como si estuviera dirigiendo una orquesta desde su asiento. Había demostrado ser una niña tranquila, feliz y de buen carácter.

Tomó la sillita en los brazos, cubrió el rostro de Julianne con la manta y corrió hacia la casa haciendo lo posible para resguardar a su esposa y a su hija de

las rachas de viento. Maddy encendió las luces de la cocina y Jeb dejó a Julianne en el sillón, la desenganchó de su asiento y la levantó en brazos.

—El pastor Dawson me ha caído bien —comentó Maddy.

No hacía mucho que el sacerdote metodista se había instalado en el pueblo. Aunque John Dawson se había criado en Buffalo Valley, Jeb no se acordaba de él. No era de extrañar, porque el pastor rozaba la edad de jubilación. Era un hombre de complexión débil y escasos cabellos blancos. Hacía muchos años que no había tenido contacto con Bernard Clemens, pero había hecho un buen panegírico del difunto.

—Nos ha invitado a asistir al oficio del domingo —murmuró Maddy.

Aunque parecía un comentario sin importancia, Jeb sabía que Maddy deseaba formar parte de alguna comunidad religiosa. Vaciló; Buffalo Valley estaba a unos cincuenta minutos en coche; ir a la iglesia supondría sacrificar toda la mañana del domingo. Abrió la boca, dispuesto a enumerar una lista de excusas para eludir el compromiso, pero cambió de idea antes de articular palabra. Que Maddy hubiese mencionado la invitación significaba que era importante para ella, y no debía tomarlo a la ligera.

Cuando se casó con ella, Jeb supo que tendría que ceder en algunos aspectos, pero la amaba lo bastante para hacerlo. Ella también había hecho concesiones: una de ellas era vivir lejos del pueblo, de sus amigos y de la tienda que había comprado hacía más de un año. Ir a la iglesia sería un aliciente para Maddy: las mujeres necesitaban las reuniones sociales.

La vida de Jeb cambió el día que rescató a Maddy de una ventisca. Se había quedado atrapada en su co-

che mientras realizaba el reparto de comestibles y habría muerto congelada si Jeb no la hubiera encontrado a tiempo. Jeb la llevó a su casa sin sospechar que los tres días que pasaron incomunicados tendrían consecuencias que alterarían el rumbo de sus vidas, consecuencias que incluían un embarazo imprevisto. Tras perder una pierna en un accidente agrícola varios años atrás, Jeb había creído que nunca podría volver a llevar una vida normal, ni tener deseos y sentimientos normales. Maddy lo había desengañado; llevaban casados cinco meses y estaba tan enamorado de ella que tenía que pellizcarse de vez en cuando para convencerse de que aquello era real.

—¿Qué te parecería si fuéramos a la iglesia los domingos? —lo apremió Maddy, mientras lo miraba con atención.

—Me parecería bien —dijo Jeb. Con su sonrisa, Maddy le expresó lo mucho que significaba para ella que accediera. Después, se dispuso a acostar a la niña.

Jeb tenía la televisión encendida y estaba viendo el pronóstico del tiempo cuando Maddy regresó al salón. Habían decidido saltarse la cena, puesto que ya habían comido algo en la casa de los Clemens. Maddy se sentó junto a su marido y tomó su labor de punto, una habilidad recientemente aprendida. Leta Betts, una artista con las agujas y suegra de Lindsay Sinclair, había enseñado a hacer punto a Maddy y a su amiga Lindsay durante sus respectivos embarazos.

—Me pregunto qué estará haciendo Margaret ahora.

Jeb desvió la vista de la pantalla el tiempo justo para advertir que Maddy necesitaba hablar de su amiga. Tomó el mando a distancia y quitó el volumen.

—La muerte de Bernard no la ha tomado por sorpresa, precisamente.

—Lo sé, pero me preocupa lo que pueda pasarle ahora que su padre no está para protegerla.

—¿A qué te refieres?

—Está sola por primera vez en la vida... y es vulnerable.

Jeb frunció el ceño. No había meditado mucho en ello, pero Maddy tenía razón; Margaret siempre había vivido bajo la protección de su padre.

—Será presa fácil para cualquier locuaz desaprensivo que quiera aprovecharse de ella. Acuérdate de la sensación que causó en la boda de Bob y Merrily.

Lo único que recordaba Jeb de aquella noche era a Maddy. Estaba embarazada de siete meses y, durante la fiesta, Jeb le pidió que se casara con él.

—Casi todos los solteros de Buffalo Valley la invitaron a bailar —no hacía falta decir que la metamorfosis de aspecto y comportamiento de Margaret se debían por completo a Maddy. El nerviosismo de su esposa se traslucía en el rápido clic clac de las agujas de punto—. Margaret está a punto de convertirse en una mujer muy rica.

—Dale el beneficio de la duda, Maddy —dijo Jeb—. Es inteligente, sensata y capaz.

—Estoy de acuerdo contigo, salvo por una cosa.

—¿Cuál?

—Se casaría con Matt Eilers en un abrir y cerrar de ojos. No me preguntes por qué, pero está enamorada de él —el clic clac se hacía menos perceptible por la velocidad—. Matt sería capaz de aprovecharse de ella.

—Eso no lo sabes —replicó Jeb, aunque temía que Maddy tuviera razón. Matt Eilers tampoco era de

su agrado. No había tenido trato profesional con el ranchero, así que no tenía ningún motivo real para desconfiar de él, pero lo hacía.

—Me desagrada pensar mal de él —murmuró Maddy. Jeb se encogió de hombros. Eilers le parecía un hombre débil, aunque no sabía muy bien por qué se había creado esa opinión de él. El suspiro de Maddy fue muy expresivo—. Lo último que sé de Matt es que está saliendo con Sheryl Decker en Devils Lake.

Jeb nunca había oído hablar de ella.

—¿Con quién?

—Sheryl Decker. Es camarera en un restaurante para camioneros de las afueras de la ciudad.

—Quizá entonces se case con ella —sugirió Jeb, con la esperanza de que aquello pusiera punto final a la conversación. Maddy suspiró y apoyó las agujas en el regazo.

—La esperanza es lo último que se pierde.

—Matt —lo llamó Sheryl Decker desde el dormitorio—. Tráeme los cigarrillos, ¿quieres?

Matt abrió la nevera y sacó una lata fría de cerveza. Sheryl sabía que no le agradaba que fumara, pero sus deseos no la disuadían. Regresó al dormitorio y arrojó la cajetilla sobre la cama; aquella acción brusca indicaba su desaprobación.

—Ya sabes cuánto disfruto dando un par de caladas —dijo Sheryl, mientras abría el cajón de la mesilla para sacar un mechero. Se llevó un cigarrillo a los labios, lo prendió y lanzó una bocanada de humo hacia el techo.

Matt se reunió con ella en la cama y tomó un lar-

go trago de cerveza. Estaba disgustado consigo mismo y con Sheryl. Sheryl sabía que había tenido intención de asistir al entierro de Bernard Clemens. El próspero ranchero nunca le había caído muy bien, pero era su vecino y se había sentido obligado a presentarle sus últimos respetos. Sheryl, en cambio, tenía otros planes, y él, como un idiota, había sucumbido a su hechizo... y no por primera vez. Sin mucho esfuerzo, Sheryl había logrado atraerlo a la cama; a pesar de sus buenos deseos, Matt se había dejado.

—¿Sigues enfadado conmigo? —preguntó Sheryl, mientras deslizaba una de sus largas uñas por el brazo de Matt.

—No —murmuró. Él era el único culpable.

—Ya sabes que esta noche tengo que trabajar, así que hoy era el único rato que podíamos estar juntos.

Lo sabía; su error había sido pasarse a ver a Sheryl. Había ido a Devils Lake a comprar pienso y había tenido intención de regresar a Buffalo Valley antes del funeral.

—Todavía puedes ir a la recepción, ¿no?

—No.

Sheryl le rodeó el torso desnudo con el brazo.

—Lo siento mucho —ronroneó como la gata provocativa que era. Matt nunca había querido que su relación con la camarera llegara a tanto. Empezó a frecuentar el local para cenar y disfrutar de algo de compañía. De vez en cuando, se quedaba a pasar la noche. Tenían un acuerdo o, al menos, eso había creído, un acuerdo para procurarse mutua satisfacción. Sin embargo, últimamente, Sheryl había empezado a tocar el incómodo tema del matrimonio. Matt no intentaba disuadirla porque era más fácil dejarla hablar que discutir—. Estaba pensando que podríamos ca-

sarnos después de Año Nuevo —dijo, y dio otra calada a su cigarrillo.

Matt suspiró. No entendía por qué las mujeres siempre estaban tan ansiosas por casarse.

—Sí, bueno. Ya veremos.

—No te muestres tan entusiasta —repuso con fuerte sarcasmo.

—No sé por qué las mujeres estáis tan obsesionadas con el matrimonio.

Sheryl lo miró con incredulidad.

—¿Crees que quiero pasarme la vida trabajando de camarera? —para ser sincero, no había pensado mucho en esa cuestión—. ¿Estás pensando en casarte con otra? —inquirió; después, sin pedir permiso, tomó un largo sorbo de la lata de cerveza.

—Con Margaret Clemens —respondió, consciente de que aquello provocaría una fuerte reacción.

—Margaret Clemens —repitió Sheryl con una áspera carcajada—. Será una broma.

—Según su padre, no.

Sheryl se incorporó para poder mirarlo a los ojos.

—¿Le hablaste a Bernard Clemens de tu intención de casarte con Margaret?

—No —respondió. Le desagradaba el tono frío de Sheryl—. Fue él quien sacó el tema.

—¿Cuándo? —se retiró los rizos teñidos de rubio de la frente.

—Hace varias semanas. Quería hablar conmigo y fui a verlo a su casa.

—¿Y qué fue lo que te dijo, exactamente?

—Que Margaret estaba enamorada de mí.

—¿Es eso cierto?

Matt se encogió de hombros. No le había hablado a nadie de aquella conversación. Nunca había

pensado en Margaret como en una posible pareja, y lo inquietaba que ella sintiera algo por él. Claro que no estaba interesado en la joven ranchera. Margaret era... Bueno, Margaret. Ni siquiera la veía como una mujer, como a Sheryl, por ejemplo, que era femenina desde la coronilla hasta las uñas de los pies que, por cierto, siempre llevaba pintadas de rojo. Aunque si no recordaba mal, Margaret se había puesto un bonito vestido para la boda de Búfalo Bob y Merrily.

—Su padre te previno de que te alejaras de ella, ¿no? —preguntó Sheryl, a quien la pregunta parecía hacerle gracia. Matt no sabía cómo contestar.

—A decir verdad, no. Dio por hecho que me casaría con ella.

—¿Por su dinero?

Matt asintió.

—Según él, Margaret está decidida a hacerme suya.

—¿En serio? —Sheryl profirió un gruñido burlón.

—Eso fue lo que dijo —no era algo de lo que se pudiera presumir. En realidad, lo avergonzaba. Desde la conversación con su padre, Matt había hecho todo lo posible para eludir a Margaret Clemens.

—¿Vas a casarte con ella?

—¡No! —su negativa fue rápida y enérgica. ¿Cómo podía Sheryl pensar algo así de él?

Sheryl guardó silencio durante varios momentos; después, pareció llegar a una conclusión que la animó. Apartó las mantas, se puso de rodillas y desplegó una lenta sonrisa en su amplia boca.

—¿Y por qué no?

—Para empezar, no estoy enamorado de ella. Además... —no tuvo rapidez mental para idear una

segunda razón—. Oye, pensaba que querías que me casara contigo.

—Y eso harás, no lo dudes. Pero podrías casarte primero con Margaret.

Matt no podía dar crédito a sus oídos.

—¿Y por qué iba a hacer una cosa así?

—¿Que por qué? —repitió, como si fuese la pregunta más hilarante que Matt había planteado nunca—. Porque es rica.

—¿Y?

—Llevas años soñando con comprar el rancho de los Stockert.

—Sí, pero...

—Será tuyo.

Matt frunció el ceño; empezaba a vislumbrar las intenciones de Sheryl.

—Espero que no estés insinuando lo que creo que insinúas.

—Pues claro que sí. Cásate con ella. Ya está enamorada de ti, ¿no es eso lo que dijo su padre? Dale lo que quiere y, cuando pasen varios meses, divórciate.

Matt nunca había oído nada más despiadado.

—Eso es una crueldad.

—Matt, esa mujer no sabe qué hacer con tanto dinero. Piensa en los meses que estés casado con ella como una manera de ayudarla a superar su dolor. Necesita a alguien y te quiere a ti. Lo único que harás será darle lo que necesita. Estarás... proporcionándole un servicio.

El ceño de Matt se intensificó.

—¿Por qué crees si no que su padre quería hablar contigo? —prosiguió Sheryl en tono persuasivo—. Sabía que Margaret iba a necesitarte. A su manera, te estaba «pidiendo» que cuidaras de su pequeña. Y en

cuanto Margaret lo entienda, te estará agradecida. Lo bastante agradecida para comprarte el rancho de los Stockert.

A Matt no le agradaba lo que estaba oyendo.

—Bernard me advirtió que si le hacía daño...

—No le harás daño, la ayudarás a superar una etapa muy difícil de su vida. Piénsalo, Matt. Bernard te «ordenó» que ocuparas su lugar y cuidaras de su pequeña. Además, está enamorada de ti, así que hará lo que tú le pidas. Es justo que te compense por lo que le das. Solo tienes que convencerla de que un año de matrimonio es un pago justo por el rancho de los Stockert. Y luego... tendrás tu rancho.

Matt quería que Sheryl cerrara la boca; su plan empezaba a parecer factible.

—Así, yo podría dejar mi trabajo y luego, nos casaríamos...

—Olvídalo —dijo Matt, y movió la cabeza para enfatizar su negativa—. Además, si me caso con Margaret, ¿qué te hace pensar que querré divorciarme?

Sheryl prorrumpió en carcajadas.

—Dos cosas —contestó—. La primera, que estamos hablando de Margaret Clemens. Tiene el atractivo de un saco de patatas.

Matt no podía replicar, sobre todo, cuando miraba a Sheryl y veía su lujurioso cuerpo de senos abundantes y piernas largas. Lo que había visto de Margaret, y era muy poco, distaba de resultar voluptuoso.

—Has dicho dos cosas —le recordó. Sheryl volvió a sonreír con sensualidad.

—Me cercioraré de que vuelvas a mí —susurró. Como si quisiera demostrárselo, le enseñó exactamente lo que quería decir.

2

—¡Bob! ¡Bob!

El grito de Merrily arrancó a Búfalo Bob Carr de un sueño profundo. Al percibir el pánico en la voz de su esposa, retiró las mantas de inmediato y salió disparado de la cama. Lo llamó una segunda vez pero Bob ya se dirigía con paso tambaleante al cuarto de Axel. El pequeño había estado inquieto toda la noche y se habían turnado para consolarlo. Bob estaba convencido de que su hijo de dos años tenía otra otitis. Cada infección parecía peor que la anterior.

—¿Qué ocurre? —preguntó, parpadeando para disipar la somnolencia. Merrily estaba sentada en el borde de la cama, con Axel en los brazos.

—Mira. Tiene una erupción o algo así. ¿Qué es?

Bob se frotó los ojos antes de observar con atención al niño a la tenue luz de la lámpara. Axel lo mi-

raba con sus ojos castaños muy abiertos por el miedo. Bob profirió una abrupta carcajada.

—Eso, mi querida esposa, es varicela. Axel tiene la varicela.

Merrily tomó el rostro del niño entre las manos y lo miró con atención.

—¿Dónde la habrá pillado?

—¿Quién sabe? —Bob se encogió de hombros—. Es contagiosa. Todos los niños contraen la varicela antes o después.

—¡Pero está sufriendo!

Bob no tenía muchos conocimientos sobre enfermedades infantiles, pero sabía que la varicela era bastante común.

—Mañana por la mañana, iré a ver a Hassie. Seguro que tiene alguna sugerencia.

—¡Papá, papá! —Axel estiró los brazos hacia él.

—Ahora me quedo yo —se ofreció Bob, porque Merrily llevaba casi toda la noche levantada.

—Gracias —susurró. Besó a Axel en la cabeza y se lo pasó a Bob.

Bob contempló con pesar cómo regresaba al dormitorio, porque deseaba poder deslizarse entre las sábanas con ella. Lo que hizo, en cambio, fue meterse en la estrecha cama de su hijo y abrazarlo. Axel apoyó la cabeza en su pecho y gimió con suavidad.

—Papá, me duele.

Bob le puso la mano en la frente y advirtió que no tenía fiebre. Seguramente, Merrily ya le había dado Tylenol.

—Procura dormir —lo apremió. El niño asintió.

—Cántame una canción.

Como a Merrily no le agradaba que le enseñara canciones de sus días de motero, Bob le cantó una

nana que había aprendido en un vídeo de *Barney*. Seis meses atrás, si alguien le hubiera dicho que estaría dispuesto a ver la historia de un dinosaurio violeta con un niño de dos años, se habría carcajeado.

Confiado y pequeño, Axel se acurrucó en sus musculosos brazos. Bob le acarició la cabeza mientras tarareaba con voz suave. Quería a aquel niño tanto o más que si llevara su misma sangre. Sin embargo, no siempre había sido así.

Cuatro años atrás, cuando pasaba por Buffalo Valley en su Harley, Bob ganó el hotel y bar restaurante del pueblo en una partida de póquer y lo bautizó Trío de Ases, como la mano que lo había hecho triunfar. Hacía varios meses que había abierto el negocio, procurando mantenerse a flote, cuando Merrily se presentó en el pueblo pidiendo trabajo. Enseguida comprendió que estaban hechos el uno para el otro. Pero justo cuando estaba pensando en pedirle que se quedara a vivir con él, Merrily desapareció. La primera vez, se quedó destrozado, pero no tardó en comprender que Merrily tenía la costumbre de regresar... y de volver a desaparecer. Al tercer año de aquella relación intermitente, las visitas de Merrily eran cada vez más frecuentes hasta que, un buen día, se presentó con Axel.

Bob sabía que el niño no era de ella, porque no había estado embarazada. Pero lo peor fue que, durante las primeras semanas, el niño no hizo más que dar la lata. Necesitaba atenciones constantes de su madre y, no solo eso, sino que se negaba a mirar a Bob a la cara. El pequeño se aferraba a Merrily, y eso resultaba muy frustrante para un hombre que necesitaba a su mujer.

Poco a poco, le fue arrancando a Merrily los deta-

lles, y supo que las quemaduras que tenía Axel en los muslos se las había hecho su padre. Lo habían maltratado física y psicológicamente, y solo Dios sabía lo que habría pasado si Merrily no hubiera estado allí para protegerlo. Cuando todo indicaba que lo iban a vender al mejor postor, Merrily se lo llevó. No hacía falta decir que, si las autoridades encontraban a Axel alguna vez, Merrily estaría metida en un buen lío. Y él también, ya que era su más abnegado cómplice.

Cuando supo lo que el pequeño había sufrido en manos de sus padres, Bob se enterneció. En menos de un mes había desarrollado tanto instinto protector hacia Axel como Merrily, y el niño le había abierto su corazón. Bob nunca había tenido a nadie que lo necesitara y lo quisiera de forma incondicional. Así como Merrily era la única madre que tenía el pequeño, Bob pasó a ser su padre.

Después de una visita al médico, cuando Axel tuvo la primera otitis, se hizo evidente que iban a necesitar una partida de nacimiento falsa. Bob obtuvo una; el mismo día, compró un anillo de compromiso y le pidió a Merrily que se casara con él.

Ella accedió, y la boda fue el día más feliz de la vida de Bob. Todo el pueblo se reunió para celebrarlo. Bob nunca había conocido tanta felicidad: Merrily era su esposa y Axel, a todos los efectos, era su hijo. La vida era bella... pero debió imaginar que no duraría. Pocas semanas después de la boda, empezaron a aparecer octavillas de la Asociación para la búsqueda de Niños Desaparecidos con la fotografía de Axel. Estaban circulando por todo el país.

Bob no sabía cuántas se habían repartido en Buffalo Valley. La mayoría de la gente las tiraba sin fijarse, y si alguien había reconocido a Axel, no lo había

dicho. Aun así, era innegable que las autoridades lo estaban buscando. Sin saber qué hacer, Bob pidió consejo a Maddy, que había trabajado como asistente social. Maddy le dio el nombre de un amigo de Georgia que era de confianza, un abogado especializado en casos difíciles como aquel.

Sí, Merrily había raptado a Axel y cruzado varias fronteras estatales con él, pero le había salvado la vida. Bob temía perder a Merrily y a Axel si acudía al abogado, por eso, al pasar los días y ver que nadie había relacionado a Axel con el niño de la octavilla, Bob empezó a creer que se había librado por los pelos y no hizo nada más. ¿Para qué buscarse más problemas? Nadie les había hecho preguntas sobre el pequeño y Bob confiaba en que su gente, tanto si era consciente o no de la verdad, los protegiera.

Axel se movió, y Bob advirtió que se había quedado dormido. Con amor, bajó la cabeza para besarle la frente. Nadie le iba a arrebatar a su hijo; no lo permitiría.

—Que tengas dulces sueños, hombrecito —susurró.

Tres semanas después del entierro de Bernard Clemens, Matt Eilers decidió ir a dar el pésame a Margaret. Sheryl se estaba poniendo pesada; no hacía más que preguntarle cuándo pensaba visitar a la hija del difunto ranchero. Hasta le había sugerido lo que podía hacer y decir. La idea de casarse por dinero con Margaret Clemens, o con cualquier otra mujer, lo repugnaba. Sheryl intentaba convencerlo de que, en realidad, le estaba haciendo un favor a la pobre chica, pero Matt no era tan ingenuo. Sin embargo, sentía lástima

por Margaret. No era fea, pero tampoco bonita. Alta y delgada, no tenía muchas curvas. Desde luego, carecía de encanto y de don de gentes, y debía de sentirse muy sola.

Sheryl argüía que Margaret estaba a punto de caramelo y que si Matt no se casaba con ella, otro con menos escrúpulos se le adelantaría. De todas las razones que había esgrimido, esa era la única que le parecía cierta.

Había nevado la semana anterior, y los neumáticos crujieron sobre la senda de grava que conducía a la casa de los Clemens. Nadie salió a saludarlo cuando aparcó, así que se dirigió al porche de atrás y, con el sombrero en la mano, esperó a que alguien contestara a su llamada.

Fue el ama de llaves quien abrió. Se llamaba Sadie, si no recordaba mal de su primera y única visita. Era un nombre corriente y anticuado, como la mujer.

—¿Has venido a ver a Margaret? —le preguntó en un tono brusco desprovisto de calidez.

—Me gustaría darle el pésame.

—Pues vienes con tres semanas de retraso.

Matt dejó pasar aquel comentario. De una cosa estaba seguro: si se casaba con Margaret, lo primero que haría sería buscar otra ama de llaves. La idea lo sobresaltó. Sheryl le estaba nublando el juicio. No pensaba casarse con Margaret, dijera Sheryl lo que dijera. Para empezar, no pensaba vivir de nadie. No le asustaba el trabajo, y cuando comprara el rancho de los Stockert lo haría con su propio dinero.

—Margaret está en el granero —le dijo el ama de llaves. La mujer entornó los ojos, como si encarnara al propio Bernard Clemens y le estuviera advirtiendo que se anduviera con cuidado con su hija.

—¿Cómo está?

Sadie hizo una pausa.

—Tiene días mejores y días peores.

—Estaba muy unida a su padre, ¿verdad?

El ama de llaves asintió.

—El señor Clemens era un buen hombre. Margaret también tiene buen corazón —acto seguido, le dio con la puerta en las narices. Matt no necesitaba un mapa para orientarse en el rancho, pero le habría agradado ser mejor recibido.

Encontró a Margaret en el interior de la enorme estructura que hacía sombra a su humilde granero. Llevaba un abrigo grueso y botas recias, y tenía la cabeza cubierta con una gorra. Se había dejado crecer el pelo y lo llevaba recogido en la nuca. Matt advirtió que se lo había rizado. Con ritmo rápido y enérgico, empuñaba la horca de espaldas a él y llenaba de heno uno de los establos. Matt inspiró el grato olor de los caballos, la paja y el cuero engrasado.

—Margaret —dijo con suavidad, para no asustarla.

Ella giró en redondo y, cuando lo vio, se quedó asombrada, como si hubiera estado esperando aquel momento durante largo tiempo.

—¡Matt!

—Quería pasarme a decirte lo mucho que siento lo de tu padre.

Se quedó mirándolo con una expresión de adoración; después, se llevó la manga a su nariz colorada; tenía las mejillas sonrojadas de cansancio. Así que lo que Bernard había dicho era cierto: estaba enamorada de él. Pero, a pesar de la insistencia de Sheryl, Matt se negaba a aprovecharse de ella. No la haría creer que la correspondía... ni que había futuro para ellos.